CARTOGRAFÍA PREHISPÁNICA E HISPANOINDÍGENA DE MÉXICO

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Una reciente coedición del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, y del Archivo General de la Nación ha venido a atraer la atención sobre un tema que concierne al patrimonio cultural de México. Titulada *Cartografía de tradición hispanoindígena*, constituye la presentación, análisis y valoración de un conjunto de mapas de los siglos XVI y XVII en los que aparecen elementos cartográficos españoles juntamente con otros de procedencia indígena mesoamericana. Se trata, en consecuencia, de una obra que se dirige a mostrar otra importante manifestación cultural que debe situarse en el contexto del encuentro de dos mundos.

Siendo verdad que poco es lo que conocemos acerca de la cartografía que se produjo en la época prehispánica de México, en cambio son relativamente abundantes los testimonios que se conservan de la que debe calificarse de hispanoindígena. De la cartografía prehispánica mesoamericana ofreceré luego algunas referencias.

Existen algunas noticias aportadas sobre mapas elaborados antes de la llegada de los españoles. Dichas noticias las proporcionaron quienes contemplaran algunos de esos mapas: el cronista Pedro Mártir de Anglería y asimismo Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo. También recordaré que en algunos códices mixtecos, como el *Nuttall*, *Bodley* y *Vindobonense* hay representaciones de algunos ámbitos geográficos. Allí se registran asentamientos humanos con sus glifos toponímicos; asimismo se ven montañas, ríos y otros accidentes geográficos, a la par que algunos caminos y figuras humanas que realizan diversas acciones. En esos mapas, como en las imágenes del mundo en la primera página del *Tonalámatl de los pochtecas* (*Códice Fejérváry-Mayer*) y en las 75-76 del *Códice Trocortesiano*, de origen maya, ambos prehispánicos, se conjugan elementos de connotación espacial y temporal. En los códices mixtecos ya mencionados hay además glifos calendáricos referidos a las acciones de los personajes allí representados; en los otros dos, el espacio cósmico está en estrecha relación con el desarro-

llo completo de dos *tonalpohualli* o *tzolk'in*, es decir con el cómputo de 260 días.

Mucho más abundantes, como ya se dijo, son los mapas de procedencia hispanoindígena. Justamente la obra a la que me he referido se ocupa de varios de ellos. Es ella resultado de una investigación realizada por cuatro participantes en el Seminario de Cultura Náhuatl, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y dentro del Programa de Posgrado en Estudios Mesoamericanos. Los cuatro trabajaron en equipo con asesoramiento de quien esto escribe. Fueron ellos Salvador Reyes Equiguas, Mercedes Montes de Oca y los canadienses Dominique Raby y Adam T. Sellen.

El propósito de su investigación comprendió las siguientes etapas: 1) análisis, valoración y descripción de la existencia de mapas con elementos de dos formas de cartografía, la indígena mesoamericana, y la española renacentista. 2) Selección de los mapas objeto de estudio, en el Ramo de Mercedes del Archivo General de la Nación, México. 3) Distribución de los mismos entre los participantes en la investigación. 4) Adopción de determinados enfoques sobre aspectos y temas en el acercamiento a dichos mapas por cada uno de los investigadores. 5) Investigaciones individuales y reuniones de todos para discutir los enfoques y métodos adoptados y los resultados que se iban alcanzando.

Treinta y tres son los mapas estudiados, lo que proporcionó un panorama amplio para la identificación de los rasgos y elementos de los mismos. Proceden los mapas escogidos de cuatro regiones, ubicadas todas en el centro de México. Cinco corresponden a lugares situados en el ámbito de Malinalco en el actual Estado de México. Ocho se refieren al espacio geográfico de Ixtlahuaca, en el mismo estado. Ocho provienen de diversos lugares del estado de Hidalgo. A su vez, del ámbito de Puebla hay doce.

La investigación abarcó el análisis de lo registrado por los expedientes en que se localiza cada mapa. En todos los casos, ya que se trata de "mercedes" o concesiones de tierras, se indica quién es el que ordena se realice el proceso correspondiente para conocer si es de aprobarse su otorgamiento. Se describe el procedimiento indicándose los nombres del o los solicitantes, que en algunos casos es un pueblo o comunidad. También se proporcionan los nombres de los testigos comparecientes y, finalmente, se enuncia cuál fue la resolución alcanzada. Amplia suele ser la gama de razones expuestas tanto por quienes solicitan la merced como por los que comparecen para expresar sus pareceres sobre el caso. El análisis de los expedientes en los que se halla cada mapa es imprescindible y casi siempre revelador. Debe

notarse que a fines del siglo XVI y primeras décadas del XVII eran frecuentes tales solicitudes de mercedes de tierras. Ello se explica por el hecho de que —debido sobre todo a las frecuentes y muy graves epidemias— las poblaciones indígenas habrían disminuido considerablemente. Consecuencia de esto era que había tierras baldías que podían ser objeto de otorgamientos o mercedes.

Otro tema en la investigación fue la presentación de elementos iconográficos y glíficos identificados en los mapas. Esto, como puede suponerse, fue asunto clave en el acercamiento. Complemento de ello fue elaborar un catálogo de elementos pictográficos. Puede afirmarse que en estos dos puntos se cifra lo más relevante de la aportación realizada. Gracias a la identificación y ejemplificación de los dichos elementos iconográficos y glíficos se dispuso de una especie de "diccionario" para poder emprender la "lectura" del contenido de estos mapas. El catálogo es a su vez, el registro sistematizado de la presencia de dichos elementos en los varios mapas. Todo ello se presenta debidamente ilustrado y comentado.

La parte siguiente comprende los estudios de los mapas escogidos, tomando como base lo aportado antes que permite una adecuada comprensión de los mismos. Así, Mercedes Montes de Oca se concentra en las glosas y las imágenes de varios mapas de lugares situados en el actual Estado de México. A su vez, Dominique Raby se fija en la representación hispanoindígena del espacio en el área de Huejotzingo, Puebla. Salvador Reyes Equiguas lo hace para a región de Tula y Adam T. Sellen para la de Tenancingo.

Lo alcanzado en cada una de estas aportaciones es ciertamente revelador. Pone de relieve la riqueza de infomación incluida en estas muestras de la vasta cartografía hispanoindígena de México. Más aún, este trabajo se convierte en instrumento para ulteriores investigaciones. Ello es particularmente válido respecto de la presentación y el catálogo de los elementos iconográficos y glíficos.

En el mismo ramo de Mercedes y en otros como el de Tierras, Indios y varios más del Archivo General de la Nación y de otros existentes en México y fuera de él hay un considerable número de mapas del género que se ha descrito como "hispanoindígena". Otro conjunto, en su mayoría del mismo género, lo constituyen los que acompañan a muchas de las relaciones geográficas del siglo XVI. Y también pueden mencionarse algunos códices coloniales, como los *Mapas de Cuauhtinchan*, los incluidos en la *Historia tolteca-chichimeca* y no pocos lienzos de diversas procedencias.

Puede decirse, en resumen, acerca de la obra recientemente publicada que tiene ella el mérito de constituir el más bien logrado acer-

camiento a estas producciones, que son parte muy importante del patrimonio cultural de México. Y será ella además, como ya se dijo, auxiliar muy útil para llevar a cabo otras investigaciones semejantes. A través de las mismas podrán conocerse aspectos hasta hoy no tomados en cuenta en las microhistorias de numerosos lugares del país. Estos mapas —como otras producciones cartográficas— son en realidad manantiales de información histórica, reflejo de las formas de vida en momentos determinados y a la vez piezas de arte, algunas de gran colorido y belleza.

A continuación transcribo las partes correspondientes a los mapas prehispánicos de Mesoamérica y a la producida ya con elementos hispánicos e indígenas durante el periodo colonial, tomadas de un trabajo más amplio que publiqué con el título de "La cartografía como patrimonio cultural".[1] Lo reproduzco aquí ya que considero que es este un tema al que poco se ha dirigido la atención no obstante su importancia y atractivo.

El legado de los mapas-códices prehispánicos

Fuera del Viejo Mundo —Europa, Asia y África— sólo en Mesoamérica se desarrollaron varias formas de escritura y se produjeron libros. En algunos de ellos, conocidos como códices, y también en lienzos de algodón, se dibujaron y pintaron varias formas de mapas y planos.

Comenzaré atendiendo a los prehispánicos y después a los más abundantes, también indígenas, elaborados en el periodo colonial. Gracias a testimonios de varios conquistadores y cronistas —Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo y Pedro Mártir de Anglería, entre otros—[2] consta no sólo la existencia de mapas en el México prehispánico, sino también de sus características más sobresalientes. Por otra parte, en algunos de los pocos códices mixtecos prehispánicos que se conservan hay páginas con representaciones de carácter geográfico. Con apoyo en ellas y en los testimonios que mencioné antes pueden describirse algunos de los rasgos principales de la cartografía prehispánica.

[1] Miguel León-Portilla, "La cartografía como patrimonio cultural" en *El Patrimonio Nacional de México*, 2 v., coordinador Enrique Florescano, Consejo Nacional para la Cultura y Las Artes y Fondo de Cultura Económica, México, 2004, t. II, p. 289-322.

[2] Hernán Cortés, *Cartas de relación y otros documentos*, introducción de Mario Hernández Sánchez Barba, México, Porrúa 1963, p. 65-66 y 241. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, 2 v., introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Porrúa, 1963, t. I, p. 317. Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, 2 v., traducción del latín de Agustín Millares Carlos, México, José Porrúa e Hijos, 1964, t. I, p. 542-543 y 564-565.

Frecuentemente se trata de mapas-paisaje desprovistos de escala en los que, con dibujos convencionales, aparecen los principales accidentes geográficos de una determinada región: montañas, barrancas, ríos, cuevas, litorales, así como animales, plantas, seres humanos, poblaciones y caminos… Casi siempre se expresan con glifos toponímicos los correspondientes nombres de pueblos, ciudades y aun de algunos accidentes geográficos. Cortés y Bernal Díaz hablan además de "itinerarios" y cartas en que, "muy al natural", se registraban cerca de 200 lenguas a lo largo de las costas del Golfo de México.[3] Pedro Mártir afirmó haber recibido un mapa de grandes proporciones en el que se veía la ciudad de México-Tenochtitlan y toda la cuenca lacustre con indicación de las otras poblaciones ribereñas.[4] Acerca de las representaciones geográficas de códices como el *Nuttall* y el *Vindobonense*, y también de otros que se elaboraron muy poco después de la Conquista, como el *Xólotl*, puede decirse que fueron concebidas como "escenarios" en los que se desarrolla una serie de aconteceres.[5] Éste es un rasgo de mucho interés en los mapas mesoamericanos que se tornan así en documentos de representación espacio-temporal.

La existencia de esta forma de cartografía —de la que se sabe que existían repositorios o "mapotecas"—[6] constituye el primer capítulo en la larga y rica historia de este género de creaciones que pertenecen al legado cultural de México.

Los muy pocos códices prehispánicos que incluyen representaciones geográficas se conservan fuera de México. En los cinco de procedencia mixteca hay registros de montañas, caminos, corrientes de agua, pueblos y ciudades, en los que se sitúan diversos aconteceres históricos.[7] Sin embargo, son en esto de principal interés el llamado *Vindobonense*, que guarda la Biblioteca Nacional de Austria, y el *Nuttall*, preservado en el Museo Británico.[8] En ambos hay varias que pueden calificarse de "escenas geográficas". En el *Vindobonense* se dedican va-

[3] Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. I, p. 317.

[4] Mártir de Anglería, *op. cit.*, t. I, p. 564.

[5] *Códice Xólotl*, reproducción facsimilar, introducción y comentario de Charles E. Dibble, 2 v., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980. Este códice incluye nueve "mapas-escenarios" del valle de México.

[6] Ello se infiere de lo que expresó Cortés acerca de la pronta entrega de un mapa que solicitó de Moctezuma, *op. cit.*, p. 69; asimismo habla de esto Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, edición de Edmundo O'Gorman, 2 v., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975, t. I, p. 527.

[7] Los códices mixtecos prehispánicos que se conservan son el *Vindobonense*, *Nuttall*, *Bodley*, *Colombino-Becker* y, de estilo netamente indígena, pero con noticias hasta el año 1560, el *Selden*.

[8] *Codex Nuttall. A Picture Manuscript from Ancient Mexico*, con un estudio de Zelia Nuttall, Nueva York, Dover Publications, 1975.

rias páginas a lo que puede designarse como amplio registro de la "geografía sagrada", en la que ocurren los sucesos históricos que constituyen la temática del códice.[9]

En las páginas 1 a 4 están pintados, con sus correspondientes glifos, 16 "unidades geográficas" no muy extensas que contrastan con otras representaciones también geográficas, como las que aparecen en las páginas 5, 9-10 y 21 del mismo manuscrito. En éstas se ven grandes cordilleras con varios promontorios o cumbres y diversos conjuntos de poblaciones indicadas por medio de sus glifos.[10] Escenarios esplendentes por su rico colorido son los de este códice, cuya geografía es ámbito donde actúan hombres y mujeres y viven también animales y plantas, pero en la que la presencia de los dioses también se deja sentir.

A diferencia de los mapas-escenarios que se han mencionado, hay algunas representaciones del universo en el que residen los dioses, es decir del más allá del que hablan los relatos sagrados. A dos se hará referencia. Aparecen en las páginas 1 del *Tonalámatl de los pochtecas* (*Códice Fejérváry-Mayer*) y en las páginas 75-76 del *Códice Trocortesiano* o de *Madrid*. En estos dos manuscritos prehispánicos, maya el segundo y de la región central el primero, se registra la imagen del universo horizontal, distribuido en los cinco sectores cósmicos acompañado de los glifos que denotan los cuatro rumbos del mundo, además de la región central. Allí se ven los dioses, árboles y aves cósmicas. También se registran en ambos códices dos series de la cuenta astrológica de 260 días, el *tonalpohualli* de los nahuas y el *tzolk'in* de los mayas.[11]

Recuerdan estos mapas cósmicos a los llamados "beatos" de la Edad Media inspirados en interpretaciones teológicas del Apocalipsis.[12]

He hecho referencia a estos rasgos y elementos para dejar entrever la riqueza semántica de estas imágenes y glifos, las más antiguas representaciones de cartógrafos y pintores indígenas mesoamericanos

[9] *Codex Vindobonensis Mexicanus I*, estudio de Otto Adelhofer, Graz, Akademische Druck und Verlaganstalt, Austria, 1965.

[10] Una descripción de estas páginas la ofrece Jill Leslie Furst, en *Codex Vindobonensis Mexicanus I: A Commentary*, Nueva York Institute for Mesoamerican Studies, State University of New York at Albany, 1978, p. 313-316.

[11] *Tonalámatl de los pochtecas (Códice Fejérváry-Mayer)*, edición y comentario de Miguel León-Portilla, *Arqueología Mexicana*, número especial 18, 2005, p. 1 (del códice); *Códice Tro-Cortesiano*, introducción de Miguel Rivera, Testimonio Compañía Editorial, Madrid, 1992, p. 75-76 (del códice).

[12] Son numerosos los estudios acerca de los "libros beatos", entre ellos el de J. O. Westwood, *The art of illuminated manuscripts. Illustrated Sacred Writings*, reproducido por Arch Cape Press, Nueva York, 1988. Véase también la reproducción facsimilar de *El beato de Liébana de la Biblioteca Escurialense*, con volumen complementario de introducción y versión castellana del texto latino por Juan Manuel Ruiz Asencio, Testimonio Compañía Editorial, Madrid, 1993.

que han sobrevivido a infinidad de riesgos. Aun cuando ninguno de estos códices se conserva en México, no por ello dejan de ser parte muy significativa de su legado cultural. En un sentido más amplio y verdadero, lo son también de la humanidad.

Cartografía indígena del periodo colonial

Mucho más numerosos son los mapas y planos indígenas que se conservan del periodo colonial. En la mayor parte de ellos sobreviven algunas de las características que tenían los de manufactura prehispánica. También son frecuentemente escenarios de aconteceres. Asimismo suelen incluir los mismos glifos para indicar topónimos. A medida que su ejecución se aleja de los años de la Conquista, se fueron introduciendo en ellos elementos de origen europeo, tales como dibujos de iglesias para indicar poblaciones, glosas o pequeños textos escritos con el alfabeto bien sea en idioma indígena —generalmente en náhuatl como *lingua franca*— o en castellano. Cuando aparecen personas, no pocas llevan atuendos europeos; hay también representaciones de animales —reses, caballos, ovinos…— antes desconocidos en Mesoamérica.

De esta cartografía, de la que quedan muchas muestras, puede decirse que ofrece la posibilidad de seguir en diversos tiempos lo que fueron los complejos procesos de mestización cultural indígena-hispana. Mapas y planos son en sí mismos testimonios de ello. En tal sentido, su carácter de *specula* les confiere un interés excepcional. Más aún, hay que añadir que ciertos rasgos y elementos indígenas en el diseño de los mapas y planos topográficos llegaron a introducirse en cartas concebidas al modo europeo, aunque verosímilmente con participación de *tlahcuilos*. Como en un juego de espejos, puede hoy contemplarse en estos mapas no poco de la realidad cultural —espacio, tiempo y actores, españoles, nativos y aun negros— de los siglos novohispanos, tal como la concibieron indígenas descendientes de aquellos que experimentaron la confrontación del encuentro.

En muchos lugares de México, Europa, los Estados Unidos y aun Canadá se conservan estos mapas y planos indígenas del periodo colonial. El más importante repositorio en ésta y otras muchas materias es el Archivo General de la Nación. En muchos de sus ramos se incluyen mapas y planos, no pocos de tradición indígena, otros derivados de viajes y exploraciones, así como un considerable conjunto de cartas elaboradas por motivos tales como deslindes de tierras, pleitos tocantes a ellas, planos de ciudades, haciendas, fortificaciones, palacios, conventos, templos y simples casas-habitación.

Esos mapas y planos permiten seguir paso a paso una historia de grandes transformaciones, tal como la captaron quienes produjeron esas cartas. Tanto en los escenarios geográficos que se incluyen en los códices prehispánicos como en muchos de estos otros planos y mapas en los que es perceptible también la mano indígena, tenemos ante nuestros ojos imágenes henchidas de vida y actividad que integran la que llamaré historia en un espacio humanizado. Sólo que entre lo que conocemos de las producciones prehispánicas y las indígenas coloniales hay grandes diferencias. Éstas, a pesar de la supervivencia de buen número de antiguas formas de representación —el glifo del agua y el monte, que denota la ciudad; las huellas de pies para señalar los caminos; los glifos toponímicos; el trazo de las corrientes de agua…—, abarcan una sucesión muy grande de realidades antes no vistas. Entre ellas sobresalen con frecuencia los símbolos cristianos, iglesias, cruces, presencia de frailes…; otros de la autoridad española, como los jueces con sus atavíos, sentados en sus sillas de cadera (en vez de los *icpalli* o equipales que, con los *petlatl*, esteras o petates, denotaban el mando); asimismo, nuevas formas de cultivo, plantas y animales antes no conocidos en el Nuevo Mundo. Y, por encima de todo, destaca la diferencia que cada vez más se fue acentuando en el modo de concebir el espacio, ahora ya con una perspectiva nunca antes empleada, y con un colorido, en cambio, mucho menos intenso y variado.

Repositorios en los que también se conservan no pocos de estos manuscritos indígenas son la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, y el correspondiente Archivo Histórico, ubicados en el mismo edificio del Museo de Antropología, en Chapultepec. Casi todos se nombran de ordinario "códices". Al investigador John B. Glass se debe un *Catálogo de la colección de códices* conservados en la referida biblioteca.[13] Además de muchos de contenido histórico o genealógico, los propiamente cartográficos ostentan con frecuencia la mencionada característica de los mapas indígenas de ser escenarios de diversos aconteceres.

En ellos, gente de estirpe nahua, otomí, purépecha, mixteca, zapoteca, chinanteca y cuicateca que los pintó, casi siempre incluyendo glifos al modo antiguo y a veces con glosas en su lengua, nos acerca al mundo en que vivió, tal como lo concebía y quiso mostrarlo. Fuera de México, en lugares como la Biblioteca Nacional de Francia, se conservan otros "códices-mapas" mesoamericanos del mismo género. Unos y otros, en su conjunto, cuentan quizá entre los testimonios más

[13] John B. Glass, *Catálogo de la colección de códices*, México, Museo Nacional de Antropología, 1964.

reveladores, ya que permiten contemplar aspectos interesantísimos de lo que era la vida en regiones con frecuencia aisladas en el ámbito colonial de México.

Mencionaré tan sólo algunos de estos mapas-códices para dar noticia de los lugares de los que son espejos: del ámbito poblano-tlaxcalteca provienen los *Mapas de Cuauhtinchan*, uno de *Cholula, Cuauhquechollan* y *Contlantzinco*. De la región central: los de *Popotla, Otumba, Coatlinchan* y el de enorme interés, por representar una parte de la ciudad de México, conocido como *Plano sobre papel de maguey*. Rica en información es esta carta que muestra canales y acequias de la ciudad, las divisiones de las parcelas, los nombres de sus poseedores y otras muchas cosas.[14] Otro mapa del siglo XVI, que abarca toda la isla de Tenochtitlan con parte de las aguas circundantes, fue pintado para entregarlo a Carlos V que estaba deseoso de conocer cómo era la gran ciudad. En este mapa concurren elementos estilísticos de los llamados "mapas-paisaje" europeos, con otros de procedencia indígena. Tal es el caso de más de 200 glifos toponímicos al modo de la escritura mexica. Es este el plano o mapa más antiguo que se conserva en la representación de la ciudad de México hacia mediados del siglo XVI.[15]

Entre otros repositorios en que hay asimismo cartas indígenas de este periodo está la Biblioteca de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Posee ella además varios atlas europeos, entre ellos uno manuscrito del siglo XVI atribuido a Battista Agnese, en el que hay un mapamundi que reproduce el perfil geográfico de México tal como se conocía hacia mediados del siglo XVI.[16] También es rica la mapoteca de la Biblioteca Nacional de México. En ella, además de un valioso conjunto de atlas y mapas europeos de interés para la cartografía mexicana, se conserva el códice o mapa de Santa María Asunción, proveniente de un barrio de Tepetlaóztoc, cerca de Tezcoco. Muy grande es el interés de este manuscrito de mediados del siglo XVI. Constituye un detallado registro catastral en el que se ven numerosas parcelas de tierras con anotaciones glíficas de sus medidas lineales, tipo de suelos en cada caso, nombre de los parajes y de sus poseedores den-

[14] Este plano ha sido estudiado por Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández en *Planos de la ciudad de México*, siglo XVI y XVII, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1938, p. 55-84.

[15] Véase: *Mapa de México-Tenochtitlan hacia 1550*, edición y comentarios de Miguel León-Portilla y Carmen Aguilera, México, Celanese, 1986.

[16] Existe reproducción facsimilar de este atlas: *Un portulano miniado del siglo XVI*, con nota introductoria de Cristina Sánchez de Bonfil, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1987.

tro del sistema de los *calpulli* o tierras comunales. Las pinturas están acompañadas de algunas glosas.

Por razones de espacio debo circunscribirme a mencionar tan sólo otros archivos y bibliotecas en donde hay también documentos que pertenecen a este legado cultural. Son ellos la Mapoteca Orozco y Berra, de la Dirección de Geografía, Meteorología e Hidrología; el Museo Nacional de Historia (Chapultepec); así como, fuera de la capital, el Archivo General del Estado de Tlaxcala; la Academia de Bellas Artes y la Casa del Alfeñique en Puebla; el Museo Regional (Guadalajara); el Museo Michoacano (Morelia); la Universidad Veracruzana y el Museo Veracruzano de Antropología (Jalapa) y la Universidad de las Américas (Cholula). Además, en numerosas comunidades indígenas de la región central y de Veracruz, Oaxaca y Guerrero principalmente, se conservan hasta hoy lienzos y documentos de interés relevante por su carácter de mapas y planos.

Fuera de México ocupa lugar prominente la ya citada Biblioteca Nacional de París. En su rica colección de manuscritos mexicanos se conservan no pocos cartográficos de estilo indígena tan importantes como el *Códice Xólotl*, los mapas *Tlotzin y Quinatzin*, los planos topográficos de Hueyapan y de Santa María Ixcatlan, el *Mapa número 1 de Cuauhtinchan*, dos planos de propiedades de tierra de Xochimilco, la *Historia tolteca-chichimeca* (que incluye diversos planos) y otras varias cartas de procedencia y estilo indígenas.

Éste es el primer gran capítulo en la historia del legado cartográfico de México. Relativamente poco estudiado, es campo abierto en el que pueden anticiparse muchas sorpresas y hallazgos.

Otra cartografía novohispana con elementos indígenas del siglo XVI

Mi intención no es hacer aquí un catálogo sino mostrar al menos algo de la riqueza semántica de muchas de estas producciones. Son ellas también *specula* en que quedaron reflejadas las observaciones y tomas de conciencia de no pocos mexicanos, españoles y diversos extranjeros respecto a un vasto territorio en el que gente y cultura experimentaban intensos procesos de cambio. Muestran también cómo, con el paso del tiempo, se fueron integrando las imágenes del ser geográfico de México al más amplio del Nuevo Mundo, situado éste en el *speculum* que al fin se conformó de las *totius orbis terrarum*, las tierras todas del orbe. Cuando Alberto Durero contempló en 1520 los tesoros que Cortés había enviado a Carlos V, llamó al país del que procedían "Tierra del oro", maravillado, como lo escribió, del ingenio de sus habitantes que había

logrado esas creaciones.[17] De ese país para él, como para casi todos los europeos, entonces desconocido, se había delineado ya, un año antes, un mapa en el que se trazaron con bastante aproximación sus litorales atlánticos, es decir, los del Caribe y el Golfo, desde Yucatán hasta Florida. Dicho mapa fue consecuencia de la expedición realizada en 1519 por Alonso Álvarez de Pineda, enviado de Juan de Garay. Conservado hoy en el Archivo de Indias, en Sevilla, es el testimonio más antiguo de origen europeo en el legado cartográfico de México. Entre otras cosas es de notarse que en su delineación Yucatán aparece como península, idea que muy pronto fue abandonada al representarse como isla.

Ello ocurrió en la edición de la *Segunda carta de relación* de Cortés, traducida al latín y publicada en Nuremberg en 1524, con un mapa de los mismos litorales, casi seguramente derivado del de Álvarez de Pineda. Dicho mapa debió hallarse en el Padrón Real de Sevilla, de donde alguien sacó una copia que se publicó en Nuremberg en 1524. Con modificaciones, original y copia representan a Yucatán como isla. Es de grande interés notar que debajo de este mapa se registra la escala con que está hecho.

En la misma hoja, a un lado de dicho mapa, hay un plano de la ciudad de México-Tenochtitlan. Aunque a primera vista parece fantasioso e inspirado en el de alguna ciudad europea situada en medio de un lago, un cuidadoso examen deja ver que fue dispuesto por una persona que conoció la ciudad prehispánica antes de su destrucción. Mapa y plano constituyen las primeras producciones cartográficas de México que fueron impresas. Desde poco tiempo después, copiando con diversas alteraciones el plano de la ciudad, se imprimieron en el siglo XVI y siguientes otras imágenes de la metrópoli mexica cuya descripción tanto asombró a los europeos. Además de la edición de Nuremberg, apareció el mismo año otra en Venecia con traducción de la misma carta al italiano y los mismos mapa y plano. Los ejemplares —bastante pocos— que se conservan de una y otra de estas ediciones de 1524, son hoy parte del legado cartográfico de México. En este país se preservan ejemplares de ambas en la Biblioteca Nacional y en la del Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, que publicó en 1980 una reproducción facsimilar que incluye las delineaciones cartográficas.[18]

[17] Albrecht Dürer, *Tagebuch der Reise in die Niederlande, Anno 1520, en A. Dürer in seinen Briefen und Tagebüchern*, Zusammengestelt von Dr. Ulrich Peters, Francfort del Meno, Verlag von Moritz Diesterweg, 1925, p. 24.

[18] El título en latín de la edición de Nüremberg es *praeclara Ferdinandi Cortesi de Nova maris Oceani Hyspania narratio Sacratissimo ac invictissimo Carolo Romanorum Imperatori*, Anno M. D. XXIII. Existe reproducción facsimilar publicada por Condumex, México, 1980.

Otras tomas de conciencia del propio ser geográfico

Otra forma de cartografía comenzó también a producirse a partir de la segunda mitad del siglo XVI. Se originó en diversos propósitos de las autoridades españolas interesadas en conocer y registrar las tierras que les estaban ya sometidas. Un trabajo digno de particular mención se debió al empeño del oidor de la Nueva Galicia, Hernán Martínez de la Marcha, quien visitó ese territorio en 1549 y 1550. Al informar a la corona de la situación que prevalecía en lo que era entonces el septentrión de la Nueva España, y de la conveniencia de que la sede del obispado fuera Guadalajara y no Compostela, envió también "cuatro prolijas pinturas".[19]

Una de éstas se conserva y es el primer mapa de la Nueva Galicia y regiones adyacentes. Abarca sus litorales en el Pacífico, con indicación de varios puertos y bahías, desde la desembocadura del río Grande de Santiago hasta los límites con Michoacán. Ciudades como Guadalajara, Colima, Compostela y Tepic, con numerosos pueblos, aparecen en su ubicación correcta. El curso del Santiago, desde su salida del lago de Chapala, se ve como una frontera natural que separa al territorio ya plenamente bajo la soberanía real, respecto del otro situado al norte, que se considera "tierra de guerra".

Como en los mapas prehispánicos, se ven allí escenas de combates en los que participan diversos grupos chichimecas. Varias glosas proporcionan información. Una de ellas se limita a la palabra *Tenamastle*, aludiendo a la rebelión encabezada por éste, conocida como "guerra del Mixtón", que puso en jaque al Virreinato en 1540-1542. Este mapa, conservado en el Archivo de Indias, es documento inestimable en el conjunto cartográfico novohispano.[20] Obviamente delineado por un español que conocía esta vasta región, es curiosa la presencia en él de las escenas que registran aconteceres al modo de los mapas-escenarios indígenas.

Menos de tres décadas después se inició un magno proyecto de investigación que abarcó extensiones más grandes en la Nueva España. Su realización incluyó pormenorizadas respuestas a un amplio cuestionario de 50 capítulos sobre aspectos geográficos, históricos, económicos, etnológicos y lingüísticos, así como la elaboración de un

[19] Hernán Martínez de la Marcha, "Suma de la visita general de 1550", Sevilla, Archivo General de Indias, Audiencia de Guadalajara, 5, f. 2r.

[20] Un estudio y reproducción de este mapa lo ofrece José Francisco Román Gutiérrez en *Sociedad y evangelización en Nueva Galicia durante el siglo XVI*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco y Universidad Autónoma de Zacatecas, 1993, p. 113-125.

importante conjunto de mapas y planos. Aunque también se hizo una pesquisa semejante en el virreinato del Perú, los frutos alcanzados en la Nueva España no tienen paralelo.

Los trabajos se iniciaron en 1577 y en algunos lugares se prolongaron hasta 1585. Se conservan 166 relaciones geográficas relativas a lugares situados en los antiguos obispados de México, Tlaxcala, Michoacán, Guadalajara, Antequera (Oaxaca) y Yucatán. De ellas se conocen 76 mapas: 21 para el arzobispado de México; 19 de Tlaxcala; 6 de Michoacán; 2 de Guadalajara; 22 de Antequera y 4 de Yucatán. Se sabe, desde luego, que otros mapas se extraviaron.

Las relaciones y sus mapas se conservan en tres repositorios: el Archivo de Indias (27 relaciones), la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (12) y la Colección Latinoamericana de la Universidad de Texas en Austin (37), que por cierto estuvieron antes en poder de don Joaquín García Icazbalceta.

Existen varios importantes estudios de este conjunto de testimonios, así como una reciente adición de los mismos.[21] Los mapas ostentan rasgos a veces muy distintos entre sí. Unos son en realidad planos de pueblos o ciudades como, por ejemplo, el de Culhuacán, que mantiene, al igual que otros, varios elementos de la tradición indígena. Hay algunos que son auténticas cartas geográficas, como el de Teozacualco en Oaxaca, que incluye además las genealogías de antiguos gobernantes indígenas acompañadas de glifos y glosas. Dicho mapa fue para el investigador de los códices mixtecos, Alfonso Caso, una especie de "piedra roseta" de inestimable valor.

Una vez más, hay que decir que en este *corpus* cartográfico tenemos un conjunto de *specula* que permite considerar no pocos de los cambios ocurridos en buena parte de la Nueva España, poco más de medio siglo después de su sujeción a la corona española. A pesar de los estudios realizados en torno a esta preciada cartografía, mucho queda aún por investigar. El legado cultural de México tiene en ella testimonios que difícilmente pueden encontrarse en otros países del mundo.

[21] Véase los artículos de Howard F. Cline, Peter Gerhard, Donald Robertson, Herbert R. Harvey y Robert C. West acerca de las *Relaciones geográficas de la Nueva España*, que integran el volumen 12 del *Handbook of Middle American Indians*, University of Texas Press, Austin, 1972; René Acuña ha publicado las *Relaciones geográficas de Guatemala, Tlaxcala, México, Oaxaca, Michoacán* y *Nueva Galicia*, 10 v., Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, 1982-1988.